



Diversidad cultural, Diego Giovanni Bermúdez Aguirre

**Álvaro Restrepo**  
Director del Colegio del Cuerpo

# ‘¿Se está tomando en serio la cultura en el país en la transición hacia la paz?’

**El siguiente texto fue presentado por el autor en el foro ¿para dónde va el país? organizado por la revista Semana el 25 de enero de 2016. El propio autor contribuyó con este texto a la presente edición de Maestro**

Agradezco la invitación de la Revista Semana para compartir con ustedes esta reflexión en torno a la pregunta sobre la importancia que le estamos dando a la cultura en la transición hacia la paz

Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema. No vengo hoy aquí con la verdad revelada ni con recetas infalibles sobre lo que debemos hacer para otorgarles a la cultura y a las artes el sitio que se merecen en la construcción de ese nuevo espíritu de convivencia y de respeto por el otro, que nuestro país está buscando para salir del horror en el que hemos vivido los últimos 60 años. Traigo, sí, un par de propuestas concretas, con el ánimo de contribuir a este proceso trascendental en torno al fin del conflicto y al papel que pueden jugar la cultura y las artes en la consecución de ese bien supremo que es la paz.

Vengo a hablar con ustedes desde mi experiencia de artista educador, en ese micropais que es el Colegio del Cuerpo. CdC, institución educativa sin ánimo de lucro que fundé hace casi 20 años con Marie France Delieuvín, en Cartagena de Indias, una de las ciudades más desiguales, excluyentes y violentas de este país: desigualdad en las oportunidades, exclusión racial

y cultural, violencia económica, social, política. Y, al mismo tiempo, una de las ciudades más bellas y mágicas del país (me refiero sobre todo al centro histórico y su geografía). Cartagena posee una rica población mestiza que, a pesar de vivir la gran mayoría en la pobreza y la miseria material, es dueña de una enorme alegría e instinto hacia la vida y un talento e inteligencia innatos para la música, la danza, la narrativa oral y corporal y las artes y manifestaciones culturales en general.

Siempre he dicho que cuando me fui a vivir a Cartagena, la ciudad de mis padres y de mis ancestros, sabía que encontraría talento ¡lo que no sabía es que encontraría tanto y tan fino! Yo he sido testigo de excepción en estos veinte años en ese, insisto, micropaís que es nuestro colegio, de lo que el arte y la educación unidos pueden hacer para transformar y potenciar a un ser humano. Hoy estamos recibiendo estudiantes de todo el país y de otros países del mundo. Sin embargo, la gran mayoría de nuestros muchachos vienen de la que llamamos la Cartagena profunda, la Cartagena de la terrible “pobreza histórica” y también de la nueva Cartagena de la periferia (multiétnica y multicultural) que surgió en las últimas décadas, fruto de la guerra y el desplazamiento.

Lo que hemos comprobado en estos años, a través de nuestras estrategias de “educación con la danza y para la danza”, es que estos niños y jóvenes que provienen de las privaciones históricas o del despojo reciente, encuentran en la educación artística y cultural y en el refugio de sus propios cuerpos (que se les revelan como minas prodigiosas de creatividad, goce y belleza) un camino hacia la dignidad. Lo que nosotros les proponemos es una nueva ética de su cuerpo físico, mental y espiritual y lo que llamamos una nueva noción de riqueza, basada sobre todo en el ser y en el hacer (la vocación temprana descubierta y asumida) más que en el tener. Una ética del cuidado: cuidado de sí mismos, de los otros y del entorno social y natural en el que viven. Reconocimiento del valor sagrado de la vida y

de la salud (física, mental, espiritual) como la única y más importante forma de riqueza. (health is wealth is health). Se trata de proponerles otros paradigmas, otros valores, y de hacerlos conscientes de sus enormes dotes y talentos. Lograr que se maravillen todos los días con el simple (y tremendo) hecho de estar vivos y de saber que son células, órganos, miembros de un gran cuerpo colectivo e interdependiente que necesita lograr la salud individual y social para sobrevivir ¡y vivir! en plenitud y dignidad.

Y cuando he hablado de hacerlos conscientes, a través de la educación (artística y cultural), de lo que valen como seres humanos sagrados, estoy hablando de un profundo cambio de mentalidad. Sin duda, este el mayor y más crucial aporte que la cultura, las artes y la educación, aliados con otros sectores de la vida de nuestro país, pueden hacer para contribuir al nacimiento de ese nuevo ciudadano, ese nuevo colombiano que requerirá la compleja etapa que se avecina y que ya se inició.

Yo estoy convencido de que el mayor reto que tiene nuestro país es el de superar, no sólo la confrontación armada, sino sobre todo la enorme crisis ética y espiritual que nos aqueja como nación desde hace muchos años. La guerra y el dolor nos han vuelto insensibles, desconfiados, egoístas, cínicos, individualistas, cortoplacistas, proclives a y tolerantes con la corrupción. Este sombrío y fatalista espejo que presento, solo lo podremos transformar a través de la educación, la cultura y las artes, asociadas en una estrategia transdisciplinaria y multidimensional.

#### Las siete vértebras

Basándome en la definición que de la cultura hace la Unesco, podemos afirmar sin temor a exagerar, que ella es alma y columna vertebral de nuestro ser como nación. La cultura es mucho más que un ministerio y su presupuesto, o que un conglomerado de actividades, instituciones, eventos. Eso lo sabemos bien, la cultura es la esencia tangible e intangible de lo que somos. La

educación, a la que casi siempre atribuimos gran parte de la responsabilidad en la transformación de nuestro país hace parte, a mi juicio, de la cultura.

Digámoslo con todas las letras: una educación como la que hoy se imparte en nuestro país, que no reconoce a la cultura, las humanidades y las artes como áreas fundamentales de su quehacer, simplemente no es educación. Quizás es adiestramiento, instrucción, domesticación, capacitación, entrenamiento, pero no es educación integral.

La educación es una de las muchas herramientas de las que dispone la cultura para la transmisión de esos nuevos/viejos valores, con las que lograremos ese urgente cambio de mentalidad que requiere nuestro país para salir del atolladero de la guerra y sus secuelas. La cultura es el compendio de esos valores que nos identifican y cohesionan en medio de la enorme diversidad y complejidad de cosmovisiones (memoria e imaginación) de nuestro país. La cultura es la que puede hacernos entender y valorar justamente el prodigio pluriétnico y pluribiológico que nos identifica y del cual deberíamos sentirnos más que orgullosos.

A la pregunta de si el país está tomando en serio a la cultura en la transición hacia la paz, yo respondería con otra pregunta: ¿Cómo va a tomar el país en serio a la cultura, si muchos sectores de la población ni siquiera están tomando en serio la búsqueda misma de la paz? Es preocupante y deprimente constatar cómo muchos colombianos, que no conocen otra realidad que la guerra, no ven la necesidad de cambiar ya que no saben vivir en otro estado de cosas. Muchos han prosperado y viven de los réditos de la guerra y sus efectos. Pero antes de responder a fondo la pregunta de cuánto o cómo puede aportarle la cultura a la paz, respondamos la pregunta de cuánto le arrebatamos cada año la guerra a la cultura.

Imaginemos por un momento que de esos 30 billones de pesos al año que destinamos hoy para defendernos de nosotros mismos, (80 mil veces el

presupuesto de la cultura), invirtiéramos una décima parte en construir centros culturales, colegios de arte, bibliotecas, museos, universidades, programas de becas para artistas e investigadores, en otras palabras, construir un país en serio. Cuatro días de guerra equivalen al presupuesto anual del Ministerio de Cultura.

Es un hecho, en el país, la gran mayoría no entiende que la cultura es mucho más que las actividades e instituciones culturales y artísticas. A pesar de que el Ministerio (y la Ministra del ramo aquí presente) trabajan con enorme seriedad y dedicación en muchos temas cruciales, yo considero que es un contrasentido (y lo digo con todo respeto, pues nosotros como CdC estamos decididamente matriculados en la búsqueda de la paz que ha emprendido el presidente Santos) y decía que considero que es un contrasentido que este Ministerio y este renglón tan importante de nuestra vida como nación ocupe, como afirma el periódico *El Tiempo*, “el puesto número 24 de 29 sectores en los que se reparten los recursos del Presupuesto General de la Nación, con una participación porcentual del 0,2 por ciento”. (Sabemos que la recomendación de la Unesco es que se dedique por lo menos 1% del presupuesto nacional para la Cultura).

Y dicho esto, quiero reiterar algo que ya he sostenido en varios foros: el Ministerio de Cultura debería ser, por la trascendencia multidimensional/transdisciplinaria de los temas que maneja, el Ministerio del Posconflicto por excelencia. Pero, ¡ojó!, no se trata simplemente de una instrumentalización mecánica del arte y de la cultura para conseguir fines extra artísticos o extra culturales, se trata sí de poner estas disciplinas y dimensiones (con todo su corpus de rigor y profesionalismo y sin renunciar a la calidad) al servicio de la memoria, la imaginación, y también de la convivencia, la reconciliación, la reparación simbólica de las víctimas y la concepción de nuevos imaginarios que nos ayuden a reconstruir el rostro desfigurado de nuestra nación. Para ello es fundamental que artistas, pensadores, intelectuales, investigadores de alto nivel

se comprometan con procesos pedagógicos y comunitarios. El sector cultural y artístico unido debe ser, a mi juicio, el gran protagonista en este proceso de sanación de nuestra sociedad, en la construcción de esta nueva sensibilidad que requerimos, por medio de la búsqueda de la belleza, la poesía, la reflexión y la creatividad. Ahora bien, la Cultura no es siempre el terreno de la armonía y de la inocencia. La cultura es en esencia conflicto, crisis, ruptura, debate, pero en el terreno de la vida, de la confrontación pacífica de ideas, de la afirmación del espíritu humano hacia el futuro.

Superaremos el conflicto cuando hayamos cerrado las brechas sociales y económicas aberrantes que conocemos, y creado los mecanismos para la reincorporación de los excombatientes y su participación en la democracia. Pero sobre todo, cuando nos tomemos en serio la tarea de curar y transformar el alma, la mente y el cuerpo de este país gravemente enfermo y desgarrado. Y esto se logrará, a mi juicio, con una estrategia muy compleja de interconexiones, sinergias y programas intersectoriales. Lo que he denominado las siete Vértebras de la Cultura.

1. Cultura y economía: la economía cultural, denominada por el Banco Interamericano de Desarrollo, BID, como la economía naranja, se ha convertido en un gran elemento que aporta al desarrollo económico del país. En los últimos años su contribución al Producto Interno Bruto, PIB, ha sido en promedio del 3,3% y sus avances han sido significativos, razón por la que desde el Ministerio de Cultura esperan que a 2016 el aporte sea del 3,6%." (recibe 0,2% del presupuesto y aporta 3,6% del PIB) una clara generación de riquezas: rentabilidad social, humana y económica.

2. Cultura y salud: educación para la salud, valoración de los saberes tradicionales/ancestrales sobre el cuerpo y la salud, cultura y ética del cuidado, bienestar integral, salud mental, física y espiritual.

3. Cultura y medios de comunicación: recuperar y reforzar la presencia en los medios de los temas culturales y artísticos. Transmisión de nuevos contenidos, valores, imaginarios. Reconstrucción de la auto imagen y de la auto estima como nación.

4. Cultura y educación: formación de una nueva sensibilidad/creatividad. La cultura necesita a la educación como transmisora de la misma. Educación de los artistas y de los no-artistas, educación integral, insisto, de la sensibilidad. Creatividad, innovación, currículos con el arte y para el arte.

5. Cultura y medio ambiente: concientización y valoración de nuestra enorme riqueza y bio/etno diversidad y de los saberes ancestrales/tradicionales sobre el respeto y el cuidado de la naturaleza. Cultura del cuidado del cuerpo propio y del cuerpo del planeta. (Cuerpo y ecología). Incorporación y difusión de tecnologías de punta para la preservación del planeta.

6. Cultura y relaciones internacionales: reforzamiento de la proyección de la imagen de nuestro país en el mundo a través de la exportación de las manifestaciones artísticas y culturales y a la vez fortalecer los puentes también hacia nosotros para traer lo mejor de la cultura y de las artes del mundo.

7. Cultura y paz: todo lo anterior. respeto y valoración de la diversidad. Respeto por las diferencias. Celebración del instinto creativo y generador de vida del ser humano. Celebración de la vida sagrada. Solidaridad, compasión, espacios de reconciliación y perdón.

Hace unos meses tuve una reunión con el Presidente Santos, fui hablar con él sobre lo que la educación artística y cultural puede aportar al posconflicto. Fui portador de una carta firmada por muchos artistas educadores y gestores culturales en la que le pedíamos incluir esta dimensión en su propuesta del país más educado de la región en el 2025. El presidente me escuchó con atención, reconoció la importancia de nuestros planteamientos y accedió a

la petición de convocar una reunión con las ministras de educación y cultura para discutir el tema. Dicha reunión se llevó a cabo en el despacho de la ministra Parody. Ese día se decidió que la experiencia que el CdC adelanta con la IE del corregimiento de Poncezuela, una de las siete escogidas en la ciudad por el Ministerio de Educación Nacional, MEN, para implementar su programa bandera de la Jornada Única, se convirtiera en un proyecto piloto. Estamos actualmente trabajando en el diseño del piloto con la esperanza de que arranque en el 2017 y que se pueda convertir en un modelo replicable de interacción entre los dos ministerios.

Para concluir, quisiera decir hoy aquí en este foro que yo considero (y esto lo digo de nuevo desde mi experiencia de artista educador) que la mayor y la más importante contribución que puede hacer la cultura a la consolidación de la paz, se da a través de una educación artística, humanística (formal, no formal, informal) de alto nivel y que involucre además a artistas y pedagogos consagrados, intelectuales, pensadores, investigadores.

Una propuesta concreta que lanzo hoy aquí y que tiene que ver sobre todo con la intersección entre los Ministerios de Cultura, Educación (y por supuesto Hacienda) y los otros sectores de los que he hablado, es la creación en todo el país de los Colegios Nacionales de Artes y Oficios, centros vocacionales de creatividad para la niñez y juventud, educación para/con el arte y la cultura (centros para la memoria, la reconciliación y la imaginación). Esta debería ser una decisión y una política de Estado La Educación Artística y Cultural, (la educación de la sensibilidad y de la creatividad) “al alcance de los niños”, al alcance de todos.

Permítanme cerrar esta reflexión con una cita del maestro José Antonio Abreu, creador visionario del alucinante Sistema de Orquestas Juveniles de Venezuela, proyecto de educación artística y humana de excelencia que ha sido, para muchos artistas educadores del mundo entero, una gran fuente de inspiración:

“La inmensa riqueza espiritual que la música en sí misma engendra termina por derrotar a la pobreza material. Desde el momento mismo en que un niño toma un instrumento musical y lo tiene entre sus manos delante de un maestro, ya no es un niño pobre: ya es un niño en su camino de ascenso, moviéndose a un nivel de acción que lo convertirá en un ser humano completo, con un espejo alternativo en el cual puede verse a sí mismo. [...] Sí, nosotros trabajamos principalmente, aunque no únicamente, con niños y jóvenes de escasos o modestos recursos. ¿Por qué? Porque estamos convencidos de que uno de los aspectos más dolorosos de la pobreza es no tener acceso al arte”.